

Robert Skidelsky y Edward Skidelsky,  
*¿CUÁNTO ES SUFICIENTE? ¿QUÉ SE  
NECESITA PARA UNA BUENA VIDA?*,  
editorial Crítica, 2012 (269 pp.),  
ISBN: 978-84-9892-424-4.<sup>1</sup>

Jordi Roca Jusmet<sup>2</sup>

Universidad de Barcelona

No es este el primer libro cuyo título recoge la pertinente pregunta *How much is enough?* En 1992, Alan T. Durning, investigador del *Worldwatch Institute*, publicó un ensayo<sup>3</sup> en el que se preguntaba cómo romper con el círculo consumista de una parte minoritaria, pero creciente, de la humanidad, un consumismo que estaba llevando al desastre ambiental con, además, resultados aparentemente decepcionantes sobre la felicidad. El punto de partida de Durning con el que iniciaba el prólogo era que de la "trinidad de los problemas que el mundo debe prestar atención si queremos seguir un camino del desarrollo que no conduzca a la ruina"<sup>4</sup> el consumo era el gran olvidado frente a la atención que se prestaba al crecimiento demográfico y al cambio tecnológico.

El libro de Robert Skidelsky, el conocido biógrafo de Keynes, y de su hijo Edward, profesor de filosofía, tiene un punto de partida muy diferente. Se trata del artículo de Keynes de 1930 *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*.<sup>5</sup> En dicho artículo, Keynes se distanciaba de las preocupaciones sobre cómo afrontar la situación de depresión económica del momento y reflexionaba a largo plazo sobre el futuro económico al que conduciría el aumento de la acumulación de capital y el progreso técnico –sobre el que era extraordinariamente optimista. En una perspectiva de unos cien años, Keynes pensaba que los ingresos per cápita se habrían disparado tanto que cabía esperar que el "problema económico" entendido como la competencia por ganar más y más dinero habría dado paso a otras prioridades más elevadas y se podía esperar una sociedad en la que nosotros –o nuestros hijos- trabajaríamos un promedio de quince horas semanales. La reflexión del libro se centra en ¿por qué Keynes se equivocó tanto?

El diagnóstico básico del libro es que el capitalismo puso "en marcha una nueva dinámica de creación de deseos que aplastaría las tradicionales restricciones de la costumbre y el buen juicio" y "el capitalismo

<sup>1</sup> Título original: *How much is enough. The Love of Money and the Case for the Good Life* (2012)

<sup>2</sup> jordi-roca@ub.edu

<sup>3</sup> El libro apareció traducido en 1994: A. T. Durning, *¿Cuánto es bastante?*, Ediciones Apóstrofe.

<sup>4</sup> *Ibid*, p.11.

<sup>5</sup> Publicado en español en Keynes, J.M., *Ensayos de persuasión*, ed. Crítica, 1988.

ha logrado un progreso incomparable en la creación de riqueza, pero nos ha incapacitado para hacer un uso civilizado de ella" (p. 55). Keynes fue demasiado ingenuo en pensar que de forma espontánea se llegaría a un sentimiento de saciabilidad en una sociedad con profundas desigualdades y en la que se vuelve determinante el consumo relativo y en el que las empresas presionan para mantener el ciclo trabajo-consumo.

Los autores reivindican la idea de "buena vida" (*good life*) como guía para juzgar los resultados económicos y sociales. Se debería volver a esta idea común a la mayor parte de tradiciones filosóficas tanto occidentales como orientales<sup>6</sup> y que se rompió con lo que los autores llaman, acudiendo al lenguaje mítico, el "pacto faústico" que representa la "búsqueda ciega del crecimiento"; cuando los deseos se expanden sin límite las condiciones materiales de la buena vida se sitúan "continuamente fuera de nuestro alcance" (p. 26).

Vidas de abundancia, con elevados niveles de consumo, pero vacías e insatisfactorias exigen análisis que vayan más allá de describir cuáles son las elecciones de los consumidores e incluso de sus "capacidades" (en el sentido de Sen y Nussbaum) para centrarse en el análisis de la satisfacción o no de lo que los autores llaman los "bienes básicos" (que otros autores prefieren llamar "necesidades"). Cualquier lista tiene algo de arbitrario y los límites entre diversos "bienes básicos" son poco definidos pero los autores dan su lista personal: salud; seguridad; respeto (reconocimiento de los otros); personalidad (posibilidad de formular un plan de vida propio); armonía con la naturaleza; amistad (que abarca todas las relaciones de afecto incluyendo las familiares); ocio. La lista es muy discutible y no es éste el lugar para entrar en un tema tan escurridizo. Lo importante a destacar es que según los autores la acción política no debería de centrarse en otra cosa que en los bienes básicos que más que medios para la buena vida para los autores "son la buena vida" (p. 169, subrayado en el original).

Las orientaciones de política económica que se derivan del análisis anterior se recogen en el último capítulo del libro significativamente titulado "salidas de la competencia febril" porque de lo que se trata es de transitar de un "sistema que sigue festejando la codicia a costa del placer, en el que nuestros líderes no pueden ofrecer más que una perpetuación del crecimiento económico a pesar de las abundantes pruebas de que, en nuestro rincón del mundo, el sistema capitalista está entrando en la fase de degeneración" (p. 203-204), hacia una "organización económica orientada a hacer realidad los bienes básicos" (p. 216). El cambio radical se debería centrar en el acceso para todos a los bienes y servicios necesarios para una vida digna, en la reducción a la presión al trabajo y el consumo y en el aumento del ocio -y la educación para su disfrute! Garantizar mínimos de ingresos, penalizar fiscalmente los ingresos y consumos elevados y restringir la publicidad (por ejemplo no permitiendo considerar los gastos en publicidad como gastos de empresa) son medidas que en sociedades de la abundancia no deberían de frenarse por miedo al desincentivo al trabajo, el consumo y el crecimiento. Políticas que para los propios autores "son paternalistas, aunque no coercitivas. Están pensadas para ir guiando a las sociedades hacia la buena vida, no para imponérsela a cualquier precio" (p. 237).

La diagnosis y propuestas del libro, aquí resumidas en unos pocos párrafos, se presentan de forma amena y, en momentos, brillante. Sin embargo, los olvidos, sesgos e incluso sectarismos del libro también son abundantes con lo que no puedo de dejar de reseñar que el libro me merece una opinión muy ambivalente y no solo por las dudas sobre algunas de sus propuestas sino por cuestiones más de fondo.

Estamos consumiendo –especialmente los países más ricos que analiza el libro- de forma acelerada combustibles fósiles acumulados durante milenios, explotando todo tipo de recursos minerales con más y más impactos ambientales y agotando recursos naturales renovables por una extracción demasiado

---

<sup>6</sup> Y también a algunas culturas indígenas: El objetivo de "el Buen Vivir" (*Sumak Kawsay*) ha adquirido carácter constitucional en Ecuador (ver Alberto Acosta, *El Buen Vivir. Sumak Kawsay una oportunidad para imaginar otros mundos*, editorial Icaria, 2013).

intensiva y por la degradación de los ecosistemas. Esto es lo que históricamente ha pasado –en la realidad y no en los discursos- y es otra de las consecuencias de las fuerzas de la codicia y de la obsesión por el crecimiento económico que tan enfáticamente se denuncian en el libro. Hablar en este contexto de "abundancia" sin más matices es de una ceguera considerable: más adecuada es la palabra "despilfarro".

El contenido del capítulo 5 (Límites al crecimiento: ¿naturales o morales?) parece un manifiesto antiecológico. Acogiéndose a las versiones más extremas de lo que se ha llamado "ecología profunda" y a las predicciones más catastrofistas sobre el futuro (¡algunas de las cuales, sin embargo, no pueden dejarse de lado totalmente si atendemos a las grandes incertidumbres sobre el futuro y aplicamos un elemental principio de precaución!) los autores no tienen reparo en afirmar: "los argumentos ecologistas para la reducción del crecimiento no se pueden explicar como respuesta a datos reales. Delatan una pasión, una voluntad de creer, para la que los datos son secundarios (...) El ecologismo se sostiene como fe, no como ciencia" (p.151).

Los autores deberían replantearse sus propios prejuicios. Teniendo en cuenta los fuertes intereses ligados a la industria petrolera y las resistencias de los líderes políticos a cualquier freno al crecimiento económico, son increíbles las sospechas de que la importancia dada al cambio climático sea prácticamente una conspiración: "Es inevitable que sean los más extremos de ellos (se refieren a los posibles escenarios) los que utilicen los políticos con miras a reafirmar sus referencias ecologistas, y por los asesores que pretenden ganarse su favor. (...) Las afirmaciones de los expertos se despojan gradualmente de sus salvedades para, al final, aparecer en forma de fragmentos sonoros de fácil digestión. Así, por ejemplo fue el más sombrío de los seis escenarios del IPCC el que se convirtió en la base del influyente Informe Stern en 2006, que a su vez inspiró la declaración de Tony Blair en una carta abierta a los jefes de estado de la UE" (p. 148). Lo que es de difícil digestión para los dirigentes políticos –y también para la mayor parte de la población- es la necesidad de cambiar radicalmente los estilos de vida de forma que el discurso político dominante es el del "crecimiento sostenible".

Presentar la posición del ecologismo como equivalente a valorar la felicidad de los no nacidos como igual de importante que la de los nacidos es una caricatura del principio ético de la sostenibilidad (intentar que la satisfacción de nuestras necesidades no hipoteque la satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras). La defensa de los argumentos de la economía ambiental para descontar el futuro en el análisis coste-beneficio (ver páginas 149-150) por parte de unos autores tan preocupados por la ética y poco optimistas respecto al progreso social son bastante sorprendentes. Más interesante que el "descuento del futuro" de la economía neoclásica es la posición más filosófica de Boulding quien afirmaba: "el bienestar del individuo depende de la medida en que pueda identificarse a sí mismo con los demás, y (que) la identidad individual más satisfactoria es la que hace al individuo sentirse parte de una comunidad no solo espacial, sino también temporal, que se extiende desde el pasado hasta el futuro".<sup>7</sup>

La vehemencia con que se ataca al ecologismo contrasta con la consideración de la "armonía con la naturaleza" como bien básico. Para los autores se trata de un valor a la vez antropocéntrico e intrínseco: "es intrínseco (vivir en armonía con algo significa no manipularlo para fines propios) y al mismo tiempo antropocéntrico (la armonía es parte de lo que es bueno para nosotros)" (p. 160). Interesante forma de plantearlo que aceptarían la mayor parte de los ecologismos (puesto que hay que hablar en plural de un movimiento muy diverso). Y, desde luego, representa bien los movimientos de muchas poblaciones pobres del mundo que se resisten a la devastación y envenenamiento que nuestra importación de materias primas y nuestra exportación de residuos muchas veces comportan para poblaciones alejadas de los

---

<sup>7</sup> K. E. Boulding, "La economía de la futura nave espacial tierra", *Revista de Economía Crítica*, n.14, p.335 (versión original 1966): <http://revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n14/Clasicos3-art.pdf>

centros de consumo. ¿Estos frecuentes efectos de nuestro consume no atentan contra el "respeto" a dichas poblaciones, principio que forma parte de la "buena vida" según los autores?

En el libro se demuestra desdén por autores de otras tradiciones, ¿quizás para mostrar distancia respecto a corrientes radicales? Así, por ejemplo, vemos que los análisis del libro de Jackson *Prosperidad sin crecimiento*,<sup>8</sup> que junta argumentos ecológicos y argumentos muy similares a los de Skidelsky y Skidelsky con su crítica al círculo vicioso del consumismo y que defiende una idea del "florecimiento humano" que bien podría haber llamado "buena vida", son despachados con un comentario irónico: "el consejero de sostenibilidad Tim Jackson sostiene que solo la eliminación total del crecimiento puede salvarnos del desastre planetario, y añade, esperanzado, que también nos hará más felices" (p. 146). En el capítulo sobre el "pacto de Fausto" ya se habían explayado también con algún comentario desdeñoso sobre Marx: "no era en absoluto un economista intuitivo. Nadie que se inicie en la disciplina de la economía a los cuarenta años de edad lo es. Su cabeza está demasiado cargada de otros asuntos. Los economistas tienen que empezar vírgenes de ideas que distraigan su atención. Sus mentes deben estar lo bastante vacías para construir o aceptar estos modelos axiomáticos de la conducta humana que son los cimientos de su profesión. El final de la adolescencia es el momento ideal para iniciar esta formación" (p. 75). Para los que denunciamos los extremos a los que ha llegado el supuesto del *homo economicus* de la economía neoclásica –que sin duda Robert Skidelsky conoce y no creo comparta en absoluto- resulta un comentario totalmente fuera de lugar.

El capítulo cuatro (El espejismo de la felicidad) no me genera una reacción tan negativa pero también me plantea algunas reservas. El capítulo cuestiona radicalmente lo que llama la "economía de la felicidad": "Su heterodoxia se halla solo en lo que eligen maximizar (...) Aún más inquietante, trata la felicidad como un bien simple e incondicional, medible en una sola dimensión" (p.114). ¿Es justa esta crítica o es una polémica algo artificial? Depende de lo que entendamos por felicidad y por economía de la felicidad. Existen como mínimo dos perspectivas sobre este último término que toman ambas como un punto de referencia la llamada paradoja de Easterlin, primero señalada en los años 1970s, según la cual la relación entre renta per cápita y felicidad declarada en las encuestas es poco clara (al menos superado un determinado nivel de renta media) cuando comparamos diversos países o un país a lo largo del tiempo.

Una perspectiva sobre el debate es la que toma los resultados de encuestas como las que utiliza Easterlin no tanto como una prueba cuantitativa de la falta de relación entre nivel de renta y felicidad sino como un indicador preocupante. Preocupante aunque, dado que la felicidad es un concepto difícil de precisar y de diferentes dimensiones y diferentes connotaciones según el contexto cultural y el idioma, los resultados se deben tomar con mucha prevención. El indicador de las encuestas sobre felicidad es solo esto, un indicador que ha dado lugar a toda una reflexión sobre el papel del consumo adaptativo, sobre el consumo como símbolo de status, sobre la importancia del consumo posicional, sobre los efectos negativos de la competencia consumista sobre los bienes relacionales, sobre la influencia de la publicidad en las demandas,... En definitiva sobre todos aquellos aspectos que hacen que los resultados del aumento del consumo sean como mínimo mucho más pobres de lo que sería esperable.

Este debate sobre la "felicidad"(o como se quiera decir porque para algunos felicidad será equivalente a lo que en este libro se prefiere llamar "buena vida") y la renta per cápita tiene una larga tradición que incluye a Stuart Mill, a Veblen, al propio Keynes del artículo de 1930, y por supuesto al propio Easterlin y a otros autores como Hirsch o Scitovsky que escribieron también sobre el tema en los 1970s. En este sentido yo caracterizaría al propio libro que estoy reseñando como una importante contribución a esta discusión. Un punto fuerte del libro es destacar la gran complejidad del término lo que se refleja en el hecho de que, como se nos recuerda, una de las distopías literarias más famosas –de Aldous Huxley- fue denominada "Un mundo feliz". Las personas se podrían sentir bien en un mundo como el descrito aunque bien podemos

---

<sup>8</sup> Tim Jackson, *Prosperidad sin crecimiento*, editorial Icaria, 2011.

considerar que no es una vida digna de ser vivida. Como oí hace muy poco de una profesora de filosofía en un tribunal de tesis, Stuart Mill escribió: "mejor ser un Sócrates insatisfecho que un cerdo satisfecho".

Otra perspectiva, o definición de "economía de la felicidad", mucho más estrecha y cuestionable, es la de los autores que defienden el bienestar como algo totalmente subjetivo y que se puede medir de forma robusta mediante las encuestas. Ciertamente esta perspectiva cuantitativa subjetivista está en gran desarrollo académicamente y a pesar de sus grandes problemas metodológicos –que justamente recuerdan los autores- ha dado lugar a una enorme proliferación de estimaciones econométricas. Los autores hacen bien en disparar sus dardos contra esta perspectiva pero quizás es excesivo establecer una frontera tan clara entre las diferentes perspectivas de la "economía de la felicidad". No es bueno establecer fronteras infranqueables entre investigadores de una misma temática sobre todo cuando responden a una misma insatisfacción con las políticas dominantes.

En definitiva, un libro al cual se le pueden hacer muchas críticas (y que a decir verdad me ha irritado en algunos momentos), pero un libro inteligente de lectura recomendable.